

## **Ser antifranquista y no morir en el intento. Historia de una militancia<sup>1</sup>.**

Óscar Martín García. UCLM.  
Manuel Ortiz Heras. UCLM.

El principal objetivo de esta comunicación es analizar la militancia antifranquista durante los últimos años de dictadura a partir de un relato biográfico. En otras palabras, analizar todo aquello que lleva y motiva a ser un proscrito por causas ideológico-políticas en lo que podríamos denominar como segunda disidencia, es decir, los años sesenta y setenta.

Pretendemos contribuir al enriquecimiento de la historia social del franquismo<sup>2</sup> y adentrarnos en el debate sobre las actitudes sociales ante la dictadura<sup>3</sup>. Presentamos una figura que emerge de “esa diversidad de escenarios en los que bajo la apariencia de uniformidades, homogeneidades y consensos, se percibirá una variada gama de reacciones individuales, de grupos y de fracciones de clase”<sup>4</sup>. Aquí el caso estudiado responde a las características generales de los militantes conocidos como “fuerzas de la cultura”: jóvenes nacidos después de la guerra, principalmente provenientes de las clases medias populares y con un despertar a la actividad política paralelo al profundo cambio socioeconómico de los sesenta<sup>5</sup>. Activistas que poblaron las universidades de la

---

<sup>1</sup> Una parte de la investigación ha sido ya dada a conocer en el congreso sobre *Fuentes orales y visuales: investigación histórica y renovación pedagógica* (Pamplona, septiembre 2005), bajo el título *Rojo, pero sobre todo demócrata. Memoria del antifranquismo*. Aquí hemos dejado a un lado las cuestiones relacionadas con la memoria y la reconstrucción del testimonio para centrarnos únicamente en aquello que contribuye a explicar la subversión, la clandestinidad, el ser un proscrito.

<sup>2</sup> Véanse Ortiz Heras, M.: “Historia social en la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles” en *Spagna Contemporánea*, 28, 2005 (en prensa); y Barrio Alonso, A.: “Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad”, en *Historia Social*, 37, 2000. La historia social antifranquista es también el terreno en el que se desarrolla el proyecto de investigación (BHA2002-03897) *Sociabilidad y movimientos sociales en Castilla-La Mancha (1959-1986)* del que forma parte este trabajo.

<sup>3</sup> Véanse Saz, I. y Gómez Roda, J.A. (eds.): *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la postguerra*, Ediciones Episteme, Valencia, 1999.

<sup>4</sup> Sánchez, I; Ruiz, D. y Ortiz, M.: *España franquista. Causa y actitudes sociales ante la dictadura*. Cuenca, UCLM, 1993.

segunda mitad de los sesenta y setenta, ejemplos antitéticos a la visión del consenso civil, tanto activo y pasivo, de la posguerra y que cuestionan la existencia “de un ambiente general que continuaba caracterizándose por la apatía”<sup>6</sup> para la etapa final del franquismo.

En dos artículos de los profesores Álvarez Junco y Pérez Ledesma que databan de la primera mitad de los noventa se alentaba a los historiadores a reactivar el diálogo pasado con la sociología, lo cual permitiría ofrecer una mirada historiográfica más penetrante sobre los movimientos sociales y la protesta<sup>7</sup>. La teoría de la *movilización de los recursos* o la de los *nuevos movimientos sociales* se convertían en herramientas fundamentales para entender la acción colectiva. Sin embargo, el ejercicio multidisciplinar aconsejado por estos autores quedaba limitado principalmente a la sociología, y en menor medida a la politología. Nada se decía de la utilidad a este respecto de las fuentes orales y de los acercamientos antropológicos. Sin embargo, la utilización de los relatos de vida en este tipo de análisis permite observar la militancia política a la luz de la experiencia biográfica: recorrer las relaciones existentes entre la acción política y los orígenes familiares, relaciones sociales, actividades diarias, etcétera, que dan sentido a dicha militancia<sup>8</sup>.

## 1. Orígenes sociales y vida familiar.

---

<sup>5</sup> Un tipo de militancia muy diferente a la que encuentra Pedro Oliver en su interesante trabajo “Cuatro rojos. La sensibilidad en la memoria de un grupo de combatientes” en *Al-Basit*, nº 45, diciembre 2000. Para una exhaustiva profundización en la disidencia del llamado segundo franquismo véase “Desarrollismo, dictadura y cambios sociales”, en *Historia Contemporánea*, 2003 (I), nº 26.

<sup>6</sup> Sevillano Calero; F.: “Consenso y violencia en el “Nuevo Estado” franquista: historia de las actitudes cotidianas”, en *Historia Social*, nº 46, 2003, pp. 159-171.

<sup>7</sup> Véanse Pérez Ledesma, M.: “Cuando suenen los días de la cólera” en *Zona abierta*, nº 69, 1994, p. 113-120 y Álvarez Junco, J.: Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales” en Barros, Carlos (ed.): *Historia a debate*. Actas del Congreso Internacional “Historia a debate”, 7-11 de julio de 1993, tomo III, p. 108.

<sup>8</sup> La historia de vida utilizada para la elaboración de esta comunicación es la de José María López Ariza. Quien participó en el movimiento estudiantil antifranquista en las universidades de Murcia y Granada a principios de los setenta. En el verano de 1972 se afilió al PCE. Tras concluir sus estudios fue el responsable de organización del PCE en la provincia de Albacete en la clandestinidad a partir de 1973. Con la llegada de la democracia y de las primeras elecciones municipales de 1979 ostentó el cargo de concejal comunista en las legislaturas 1979-1983 y 1987-1995 (con Izquierda Unida), y diputado provincial en las mismas legislaturas. También fue miembro del Comité Central de PCE, además de otros cargos en la organización local del partido.

José María López Ariza nació en 1952 en el seno de una familia de clase media baja, con una vaga tendencia ideológica de derechas. Pero en su casa nunca se habló de política. Recuerda que sus padres nunca tuvieron interés en que sus hijos siguiesen una determinada ideología, ni que fuesen “adeptos al régimen, ni de derechas, ni de izquierdas”, lo único que les interesaba es que estudiaran una carrera y se convirtiesen en “hombres de bien”. Recibió una educación familiar propia de la clase media, como muchos de los protagonistas de la transición. Una formación caracterizada por una moral un tanto laxa en comparación con la ética heroica y abnegada de los años cuarenta, y en la que la educación tenía un importante valor como herramienta de acceso a la seguridad económica y al ascenso y prestigio social en un momento de acelerado cambio socioeconómico<sup>9</sup>.

Su participación en la lucha contra la dictadura poco tiene que ver con una socialización familiar antifranquista. Sin embargo, los jóvenes procedentes de estratos medios despolitizados que, como L. Ariza, crecen y se forman en la década de los sesenta son objeto de una especie de *revolución silenciosa*, de absorción de una nueva serie de valores provenientes del profundo cambio económico y social que se está produciendo. La satisfacción de las necesidades materiales básicas desplaza la protesta hacia reivindicaciones con un componente más cualitativo, como pueden ser las demandas de participación, libertad o democracia<sup>10</sup>. En efecto, aunque la vida familiar de L. Ariza no se caracterizase precisamente por la opulencia, sus primeras sensaciones de hostilidad al franquismo no provenían del hambre y la miseria en el campo o en las fábricas, de la percepción de la injusticia clasista o del desigual reparto de la renta impuesto por un régimen político aliado con el capital, sino de la necesidad de experimentar con nuevos horizontes vitales, de una reacción un tanto estética y del

---

<sup>9</sup> Pérez Díaz, V.: *España puesta a prueba 1976-1996*. Madrid, Alianza, 1996, p. 78.

<sup>10</sup> Según Luis Enrique Alonso la emergencia de este tipo de demandas entre los jóvenes de clase media respondía al profundo proceso de desarrollo económico e industrial combinado con el inmovilismo político. Si la introducción en la cultura de consumo de estas clases medias-bajas deshacía la posibilidad de levantamientos propios de sociedades tradicionales, la falta de instrumentos institucionalizados para encauzar los conflictos precisamente producidos por el cambio generó la aparición de demandas basadas en la democratización de las estructuras. Véase Alonso, E.: “Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación” en Vidal-Beneyto, J. (ed.): *España a debate*. Madrid, Tecnos, 1991, vol. II, pp. 80-85.

repudio de un joven intelectualmente inquieto ante una cultura oficial rancia y caduca, que el protagonista calificaría como “muy cutre”.

El caso de L. Ariza representa a parte de esa nueva militancia que eclosiona en la última década de pervivencia de la dictadura, que sentía como algo lejano y desconocido la guerra, y que no provenía de familias portadoras de tradición y memoria de la lucha obrera. Una militancia de clases medias populares, sin bagaje familiar en torno a la lucha de clases o las querellas entre la izquierda durante la guerra. Estos orígenes familiares estaban relacionados con una militancia especialmente basada en la demanda de libertades democráticas más que en la redistribución socioeconómica.

Por otro lado, aunque en la segunda mitad de los sesenta y setenta hubo una tendencia a la generalización de la educación universitaria y las facultades comenzaron a experimentar síntomas de masificación, los estudiantes universitarios provenían en su mayoría de las clases altas y medias<sup>11</sup>. En casos como el de L. Ariza, perteneciente a los estratos bajos de estas clases medias, era vital disponer de beca y tener algún tipo de trabajo para poder subsistir. Esta procedencia familiar “media” y “neutra” de muchos estudiantes fue esencial en el desarrollo de algunos elementos que equiparaban al movimiento estudiantil español con los nuevos movimientos sociales que emergían en los países occidentales y que los separaban del movimiento obrero tradicional, como luego veremos.

De forma un tanto paradójica es precisamente el origen familiar despolitizado de estos universitarios el que provoca que muchos de ellos pasen a formar parte de la organización obrera por antonomasia, el PCE. En efecto, el testimonio de L. Ariza muestra que esa socialización familiar un tanto “neutra” hizo posible la inexistencia de prejuicios ante el PCE que por otro lado mantenían tanto los vencedores como muchos de los vencidos. Según su testimonio, en la universidad el PCE ofrecía una atractiva organización de lucha para aquellos que no “tenían ningún resabio de nada”. También fueron muchos de estos jóvenes demócratas de clases medias los que abandonaron el partido a principios de los ochenta ante la falta de democracia interna impuesta por la ortodoxia de los viejos líderes.

---

<sup>11</sup> Véase Álvarez Cobelas, J.: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004.

## 2. El instituto.

Volviendo al desarrollo cronológico de la narración hay que señalar la importancia de los años anteriores al compromiso activo dentro de una organización. Es interesante analizar el conjunto de interacciones personales que van forjando una determinada socialización, esencial para la actividad militante posterior: las vivencias que lentamente van dando forma al descontento.

Es decir, cuando L. Ariza llegó a la universidad era un potencial activista. Será útil observar el proceso en el que se configura dicho potencial opositor, que como ya hemos visto no proviene de una específica socialización familiar antifranquista. Los años del bachillerato fueron muy importantes en la conformación de ese rechazo inicial a la dictadura, fue entonces cuando entró en contacto con la obra de un autor que considera esencial para su compromiso político posterior. Acostumbra a decir: “yo me hice comunista leyendo a Brecht”.

También durante esta época germinó un reducido grupo de amigos del instituto. Conformaban una pandilla de jóvenes inquietos intelectualmente que renegaban de la cultura oficial propuesta por el régimen. En el seno de este grupo fue generándose una oposición, más estética y vital que política, al régimen. Se conjugaban el deseo de encontrar nuevos horizontes literarios, que más tarde comprobarían que habitualmente se encontraban en autores de izquierdas, con el rechazo de la propaganda “abusiva y burda” del régimen que les “repelía intelectualmente”. También tenía su importancia en aquel inconformismo el anhelo de nuevas experiencias vitales con las que evadirse de la hastiada existencia en una “ciudad provinciana, caduca”, “llena de recelos” y “con muy poca libertad”. Básicamente eran jóvenes incómodos ante el panorama de una vida aburrida en el Albacete de la segunda mitad de los sesenta: una ciudad tediosa, donde dominaba la “hipocresía imperante”<sup>12</sup>. Su descontento se basaba en la repulsa de jóvenes quinceañeros ávidos de nuevas sensaciones y a los que les disgustaba “tanta zafiedad” cultural. Pero poco tenía que ver esta oposición con un sentimiento de clase, con la experiencia de la explotación y de la exclusión, con una ideología socializante, etcétera.

---

<sup>12</sup> Una estupenda recreación del Albacete de esa época en Martínez Sarrión, A.: *Infancia y corrupciones*. Madrid, Alfaguara, 1993 y *Una juventud*, Madrid, Alfaguara, 1997.

En los últimos años de instituto estableció muy buenas relaciones con algunos de sus profesores, que le iniciaron en lecturas importantes para su formación. En este pequeño mundo de jóvenes activos culturalmente entró en contacto, mediante hermanos mayores de algunos de sus amigos más cercanos, con personas que luego destacarían en sus diferentes campos de creación, como el literato Martínez Sarrión o el pintor Gallego. También estuvo relacionado con la revista de creación literaria *El Silbo*. Ésta fue el punto de encuentro para muchos de estos jóvenes albacetenses aunque únicamente se publicaron tres números, ya que, finalmente, la policía la prohibió. El paso a la universidad provocó la descomposición del círculo de amistades. Todos los componentes del pequeño grupo de amigos marcharon a la universidad. Posteriormente casi todos militaron en grupos de extrema izquierda como el PTE, FRAP, etcétera.

En líneas generales, considera que en los años en la educación secundaria, a través de las nuevas lecturas, de las conversaciones con sus compañeros, de las relaciones con algunos profesores se fue fraguando una nueva posición ante la vida que se encuentra en la base de su militancia posterior. Es decir, en las relaciones personales y en las actividades cotidianas de aquellos años fue creándose una determinada visión del mundo en abierta oposición con la propuesta por el discurso oficial imperante en una capital provinciana como Albacete.

### **3. En la universidad.**

En 1970 L. Ariza marchó a Murcia para comenzar los estudios universitarios. Sus dos primeros años en la universidad giraron en torno al teatro. Por aquel tiempo su círculo de amistades casi se limitaba a los compañeros de la compañía. Si el teatro universitario se convirtió en su principal centro de sociabilidad, también le permitió experimentar con el antifranquismo. Recuerda la asistencia del grupo a varios festivales en los que las prohibiciones a algunos de los participantes por sus representaciones críticas provocaban la aparición de muestras de solidaridad y socialización antirrégimen. Considera que aunque en esos años el teatro universitario se aprovechaba de los espacios de libertad tolerados por el régimen en una universidad “irrecuperable”, en muchas ocasiones se entraba en conflicto con las rígidas estructuras franquistas<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Sobre la protesta universitaria véase Ysás, P.: *Disidencia y subversión*. Barcelona, Crítica, 2004.

Para L. Ariza por aquel tiempo era casi imposible abstraerse de la situación política si se participaba en un grupo de teatro universitario.

Los componentes del grupo tenían cierta vinculación con posicionamientos políticos de izquierdas. Aunque posteriormente buena parte de ellos pasasen a formar parte del PCE, en aquellos momentos no se hablaba mucho de política ni existía una clara definición ideológica de los principios políticos del grupo. Más bien eran jóvenes muy comprometidos con el teatro, con una vaga tendencia izquierdista que principalmente se basaba en la protesta por la falta de libertad de expresión.

Su vida universitaria comenzó a estar cada vez más influenciada por la política desde su elección como delegado de curso en el tercer año. A partir de entonces buena parte de su tiempo lo dedicaría a participar en la organización de huelgas, manifestaciones, asambleas, viajes y contactos con los estudiantes de otras universidades, etcétera. Tuvo especial relación con otros dos estudiantes -Pepe Pina y Mariano Peñafiel- muy activos y con ideas parecidas- uno de ellos también se afilió posteriormente al Partido Comunista. Los tres conformaron un primer grupo, al que se le unió más gente, y que se encargó de dinamizar la vida de la facultad de Ciencias.

Se puede decir que L. Ariza entró a formar parte del movimiento estudiantil porque era un universitario descontento con el franquismo. Sin embargo, este malestar no era nuevo, venía mostrándose desde la época del instituto y se había intensificado mediante la participación en el teatro universitario, pero, ¿por qué L. Ariza no participó antes en la lucha antifranquista verdaderamente militante? La respuesta reside en que el malestar no se traduce automáticamente en militancia. L. Ariza adquirió un compromiso más militante cuando entró en contacto con las estructuras del movimiento a partir de su elección como delegado de curso. Es decir, un elemento fundamental fue la existencia de una organización que le permitió desarrollar la protesta<sup>14</sup>. La disconformidad que se fue generando en el seno del grupo de amigos del instituto y en la compañía de teatro universitario era un potencial para la acción, pero ésta no se desató hasta que no aparecieron las estructuras que aportaron recursos, no únicamente materiales sino también de tipo emotivo y cognitivo.

---

<sup>14</sup> Véase Shorter, E. Y Tilly, Ch: *Las huelgas en Francia, 1830-1968*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, pp. 479-482.

La organización permite transformar las expectativas un tanto difusas en reivindicaciones articuladas. Ese inconformismo estético del adolescente que se rebela contra el tedio provinciano, la reacción ante la cultura oficial, los roces con las autoridades franquistas ante la falta de libertad de expresión, etcétera, adquieren una mayor concreción al formar parte de una organización con un programa político plenamente elaborado y basado en la consecución de la democracia.

El testimonio de L. Ariza pone de manifiesto la importancia de la existencia de una organización que facilite recursos, significados o vivencias. Incide en que decidió afiliarse al PCE porque “me ofrecía una organización para luchar eficazmente por la libertad”. Considera que el movimiento estudiantil alentado por el PCE era una de las principales herramientas para aprovechar las ya visibles fisuras en el edificio institucional<sup>15</sup>.

Si la existencia de unas estructuras disponibles fue importante, también hay que tener en cuenta el ambiente propio de la universidad durante un ciclo de protesta que se dirigía hacia sus momentos más álgidos<sup>16</sup>. El ascenso de la conflictividad social durante los primeros años setenta era algo especialmente percibido en los centros universitarios. Según L. Ariza en la universidad de Murcia era difícil encontrarse con alumnos abiertamente franquistas que mostrasen públicamente su compromiso con el régimen, los antifranquistas parecían más y más bulliciosos. En este contexto de movilización universitaria la militancia contra la dictadura de un joven con las inquietudes de López Ariza era “una cosa natural”, algo que “iba pidiendo el cuerpo”, de lo que casi era imposible abstraerse pues en el ambiente en el que se movía “lo natural era ser antirrégimen”.

Como ya se ha dicho, la organización del movimiento también aportó a nuestro protagonista elementos de tipo cognitivo, instrumentos para interpretar la realidad política circundante. A principios de los años setenta existían factores objetivos que

---

<sup>15</sup> Los contactos previos cosechados en el movimiento estudiantil fueron vehículos básicos para su afiliación posterior al PCE, su cargo de delegado le permitió conocer a gente cercana al partido. El contacto con el PCE le vino especialmente a través de la persona de F. Albadalejo, conocido del movimiento estudiantil en cuya casa de Valencia habían pernoctado en varias ocasiones con motivo de las reuniones clandestinas entre estudiantes de Murcia y Valencia en las que ambos habían participado.

<sup>16</sup> Véase Tarrow, S.: *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements and Cycles of Protest*. Cornell University, Western Societies Program, Occasional Paper, nº 21, 1991, pp. 42-50.



señalaban la apertura de la estructura de oportunidades políticas<sup>17</sup>. Sin embargo, la aparición objetiva de unas condiciones políticas favorables no era suficiente para desencadenar la acción de forma automática, era imprescindible que el individuo percibiese dichas oportunidades. Es decir, toda apertura política era el resultado de un proceso de atribución, de una construcción en parte sociocultural en la que se unían los elementos objetivos con los culturales. El PCE contribuyó a que sus militantes no sólo percibiesen sino que maximizasen las nuevas oportunidades políticas. L. Ariza señala que la percepción que tenía de la situación política “era muy distorsionada”. Desde los órganos y publicaciones del partido se primaba la visión del “gigante con pies de barro” que estaba a punto de caer, la cual no se adaptaba completamente a la verdadera situación política del país, pero se instauraba en la línea de las tesis comunistas.

Las condiciones políticas para actuar quedaban matizadas en tanto en cuanto el “PCE había establecido una estrategia que nos contaba y que nosotros nos la creíamos”. La construcción social de la oportunidad nacía de unas condiciones en las que los militantes tenían “un contacto muy limitado con la realidad”, lo cual provocaba unos “análisis que muchas veces se confundían con nuestros deseos”. La apertura en el marco institucional era patente<sup>18</sup>, pero la clandestinidad y la falta de libertades provocaba una percepción un tanto distorsionada de las posibilidades efectivas: “pensábamos que la realidad era como nosotros deseábamos que fuera, pero luego las cosas no eran así”. Aquella realidad política, que mantenía un claro vínculo con las condiciones objetivas, en parte también era construida a partir de las lecturas de *Triunfo*, *Cuadernos para el diálogo*, etcétera, y de la canción de protesta de algunos cantautores: “se percibía que se trataba de seguir empujando hasta que cayera definitivamente. Había una canción de Luis Llach, que cantábamos todos en esa época y que lo explicitaba muy bien, y que se llamaba *La estaca*, que decía: si tu empujas por aquí, yo empujo por allá, y al final cae la estaca”. En líneas generales “habría más voluntarismo que realidad objetiva, pero también había cierta realidad objetiva”.

---

<sup>17</sup> Preston, P.: *El triunfo de la democracia en España*. Barcelona, Grijalbo, 2001, p. 63.

<sup>18</sup> Para él existían signos objetivos de la aparición de unas condiciones políticas favorables: Fraga y sus posicionamientos reformistas, la colaboración de sectores de la Iglesia, etc. Pero la mayor evidencia era el desgaste biológico del dictador. Considera que a principios de los setenta Franco era simplemente una “momia”, un “pelele”.

Por otro lado, la militancia en la clandestinidad no se entiende sin prestar atención a las relaciones sociales e interacciones personales. En este caso el apoyo de personas próximas y la implicación de amigos en la protesta son factores que contribuyen a explicar la militancia. L. Ariza señala que “todos mis amigos (...) estaban en el ajo”, “todas las personas con las que me relacionaba por lo menos eran antifranquistas, si no de izquierdas, por lo menos antifranquistas”. Sin duda, la actividad cotidiana en este entorno social reforzaba la militancia, el sentimiento de pertenencia a un grupo, al mismo tiempo que la vida diaria iba adquiriendo el lenguaje de la causa, lo personal se iba convirtiendo en político. Considera que más de la mitad de su vida social de aquellos momentos estaba relacionada con cuestiones de tipo político.

Ahora recuerda aquellos años como “una época llena de plenitud” en la que “no cabía el desánimo”, un tiempo feliz. Felicidad que relaciona con la juventud, con la amistad, con una lucha legítima que “tenía pleno sentido”. Como señala L. Paserini, la militancia genera una existencia más excitante, más plena e intensa<sup>19</sup>. Las relaciones personales y la solidaridad tienen un papel fundamental en el mantenimiento de la llama de la protesta, como así se pone de relieve cuando señala que “estábamos unidos frente al adversario común” y eso “nos hacía que fuésemos muy solidarios, muy compañeros, no cabía la traición entre compañeros”<sup>20</sup>.

Son muy importantes los elementos de integración social, el sentimiento gratificante de participar en una lucha en la que se forma parte de una gran familia. Para López Ariza “la dictadura era tan burda, tan zafia, tan cruel, tan disparatada que merecía la pena luchar contra ella. Era bueno luchar contra ella, me hacía feliz luchar contra ella... aunque llevara eso algún tipo de peligro”<sup>21</sup>. Además “estaba muy convencido y

---

<sup>19</sup> Paserini, L.: *Autoritratto di gruppo*. Florencia, Giunti, 1988, pp. 56-66.

<sup>20</sup> L. Ariza no participa en el movimiento como un sujeto aislado, capaz de realizar cálculos individuales en términos de costes-beneficios, sino que está condicionado por todo un contexto social en el que las relaciones y las emociones tienen bastante importancia. Considera que en el ambiente en el que se movía “no podría haber hecho otra cosa” pues era muy difícil “abstraerse de la lucha”. Su caso (ex colaborador de la experiencia fugaz de *El Silbo*, estudiante de Químicas, residente en el Colegio Mayor, miembro del grupo de teatro, delegado de curso...) muestra que los militantes de un movimiento se reclutan entre “personas activas con anterioridad y relativamente bien integradas en el seno de la colectividad” y no entre individuos “socialmente aislados, atomizados y desarraigados”. Véase Oberschall, A.: *Social Conflict and Social Movements*. Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1973, p. 133.

<sup>21</sup> Para L. Ariza el antifranquismo era una especie de posicionamiento ético, una obligación moral sentida profundamente, pues “estaba muy convencido de lo que hacía”. Los incentivos selectivos por participar

veía a mi alrededor a muchos muy convencidos (...) Éramos muchos, entonces también eso te daba fuerzas”.

El testimonio de L. Ariza también nos sirve para reflexionar acerca del movimiento estudiantil. Como ya se ha dicho, los estudiantes españoles compartieron algunos elementos de su lucha con los NMS occidentales. En la protesta estudiantil las demandas por la sociedad sin clases dejaron paso a la búsqueda de la democracia y de la representación directa. Para L. Ariza “en ese momento todo nuestro objetivo era democrático, exclusivamente democrático, no planteábamos otro objetivo social, de igualdad, de reparto. No, nuestro objetivo era la democracia, porque eso el PCE lo tenía muy claro: hasta que no se consiga la democracia no se puede ir hacia mejoras sociales”. No sintonizaba con la idea de una revolución marxista pues “veníamos de una dictadura para meternos en otra dictadura del proletariado, ¡ni de coña!”.

También existieron otro tipo de reivindicaciones principalmente relacionadas con el cuerpo. Recuerda la organización de seminarios sobre la liberación sexual y otro tipo de demandas. La eclosión de la sociedad civil era paralela a la apertura de lo privado, a la expansión del espacio público. Mientras que la distancia entre la sociedad civil y el estado se iba agrandando, el espacio entre la esfera pública y la privada encogía<sup>22</sup>. También señalar que los universitarios que formaban parte del movimiento no lo hacían en función de un sentimiento de clase, sino como demócratas y antifranquistas.

Parece paradójico que un movimiento estudiantil entre cuyas reivindicaciones no aparecen las de tipo revolucionario obrerista y que prima la autonomía y participación directa de sus militantes es precisamente alentado por un partido teóricamente revolucionario y que en su historia no se ha caracterizado por la democracia interna. L. Ariza pone en evidencia dicha contradicción al señalar que “no éramos marxistas, aunque militábamos en organizaciones marxistas, éramos demócratas simplemente”. Su caso es el de aquella militancia comunista que no actúa dentro de las organizaciones del

---

en la acción no tienen necesariamente que ser de tipo material, aquí funcionan más como una especie de recompensa psicológica derivada del sentimiento de haber actuado como debía.

<sup>22</sup> Touraine, A.: “An introduction to the study of social movements” en *Social research*, vol. 52, nº 4, 1985, pp. 777-780.

partido sino en el seno del movimiento social. Es decir, una especie de representante autónomo del PCE que de hecho se encuentra fuera de la organización de éste.

Efectivamente, a la altura de finales de los sesenta el PCE no era un partido revolucionario<sup>23</sup>. Planteó una reivindicación unitaria que sintonizara con los anhelos de los disidentes de los diferentes movimientos. La reivindicación anticapitalista y revolucionaria fue dejando paso a una más en consonancia con el impulso modernizador de los NMS en términos de democratización, autonomía, participación directa, etc., y con el horizonte ideológico cultural de los jóvenes de clases medias que conformaban estos movimientos.

Sin embargo, la situación política interior hacía imposible la equiparación total entre los NMS de otros países y los españoles, la pervivencia de la dictadura provocó la politización de estos y su subordinación a los partidos políticos<sup>24</sup>. Existió una relación basada en la *transacción asimétrica*: el PCE aprovechaba la energía del movimiento y su capacidad de captación, a cambio dotaba a éste de una organización básica que daba profundidad y eficiencia a sus demandas.

Otra de las características del movimiento estudiantil era su heterogeneidad. Confluían diferentes sensibilidades ideológicas. Las asambleas se convertían en momentos de negociación y conflicto, como apunta Ariza “allí teníamos unos debates tremendos” entre comunistas y grupos de la extrema izquierda (maoístas, marxistas leninistas, etcétera). Estaban “siempre a la greña”, aunque en dicho proceso de negociación-conflicto existía un fermento de unión entre todos, el antifranquismo: “¡Abajo la dictadura! era la consigna que a todos nos unía”.

Las actividades cotidianas del movimiento estudiantil eran “poner carteles. Teníamos siempre empapelada la facultad de carteles, hacer asambleas informativas, reivindicativas, coordinar todo eso para cuando hubiera lugar (...) salir a la calle porque había que protestar contra alguna ley del franquismo o contra algún hecho represor del franquismo, pues tener todo el aparato un poco en condiciones para... eso es lo que hacíamos, y así se iba configurando el movimiento estudiantil”.

---

<sup>23</sup> Morán, G.: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1935-1985*. Barcelona, Planeta, 1986, pp. 431-456.

<sup>24</sup> Álvarez Junco, J.: “Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista” en Laraña, E. y Gusfield, J.: *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, CIS, 2001, p. 249.

La última parte de la cita anterior, en cursiva, hace referencia de forma explícita al proceso de creación de una identidad colectiva. En efecto, aparece la importancia de las actividades cotidianas, de los conflictos y negociaciones en el día a día del movimiento para la creación de una identidad colectiva. Ésta se construye en la interacción entre los individuos que negocian sobre el tipo de acción, los objetivos, oportunidades, límites, etcétera. Las actividades de la vida diaria que “van configurando” el movimiento muestran que éste no es algo prefijado, una realidad ya dada de antemano, sino un proceso social en sí.

Aunque el partido con mayor implantación en el movimiento era el PCE, en las asambleas se producían en ocasiones tensos debates entre los sectores de extrema izquierda que abogaban por acciones más radicales y entre los comunistas aquellos que observaban la situación desde un punto de vista más moderado, según L. Ariza, eran tachados de socialdemócratas por algunos compañeros del movimiento. En las asambleas, movilizaciones e interacciones personales que subyacen a estas acciones es donde se va tejiendo esa identidad<sup>25</sup>. El mundo con el que se relaciona L. Ariza es el mundo del antifranquismo, su visión de la realidad política está muy influenciada por esos procesos de micromovilización, por el tipo de lecturas que hace o la música que escucha. Se está elaborando una identidad personal simultánea a la colectiva que ofrece una forma de interpretar el mundo y da un sentido a la protesta. En el proceso de creación de dicha identidad colectiva tiene especial importancia la confianza en la acción: la lucha es necesaria, es la mejor herramienta para solucionar los problemas. Como participante en aquella identidad antifranquista, la convicción de que la protesta era el medio más adecuado para derrocar al régimen queda patente en su testimonio, pues “merecía la pena luchar, merecía la pena acabar con la dictadura”, los resultados se iban viendo diariamente, cada vez más gente se unía a la lucha, por lo que “nunca me planteé abandonar”.

#### **4. Vuelta a Albacete.**

La militancia estudiantil es algo temporal pero en el caso de L. Ariza tiene especial importancia. Como ya hemos visto, a lo largo de sus años como universitario la

---

<sup>25</sup> Melucci, A.: “The process of collective identity” en Johnston, H. y Klandermans, B.: *Social Movements and Culture*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, p. 43.

condición de comunista no deja de ser algo instrumental puesto al servicio de las reivindicaciones democráticas. La pertenencia al movimiento se anteponía a la del partido. En realidad era más un comunista que formaba parte del movimiento estudiantil que un miembro del partido comunista.

Sin embargo, el final de los estudios, la vuelta a Albacete y el inicio de una actividad de reestructuración del PCE provincial como encargado de organización provoca que esa doble militancia, en la que la participación en el PCE quedaba subordinada a la del movimiento, se diluya en una acción política principalmente centrada en el partido<sup>26</sup>. Dicho en otras palabras, los incentivos *solidarios* (relaciones sociales, lucha justa, etcétera) y *teleológicos* (consecución de la democracia) no desaparecerán, pero conforme se vislumbra el final del régimen y la convocatoria de unas elecciones su actividad política se teñirá de nuevas motivaciones, relacionadas con los objetivos últimos de todo partido: la obtención del poder<sup>27</sup>. La lucha continua, pero ahora no desde un movimiento social sino desde las estructuras de un partido político, con las diferencias que ello conlleva, sobre todo durante los años de la transición.

L. Ariza volvió a Albacete en 1973 después de concluir sus estudios en Granada. A partir de entonces desempeñó las labores de secretario de organización provincial. En diciembre de 1973, con motivo del *proceso 1.001* contra activistas de CCOO, el PCE organizó una protesta en la ciudad. La célula encargada fue detenida y L. Ariza cumplió condena hasta febrero de 1974. Aparece la cuestión de la represión. Con anterioridad ya había hecho frente a la represión franquista. Su detención por participar en la disidencia estudiantil le llevó a ser expulsado de la Universidad de Murcia, del Colegio Mayor y a perder la beca. Pero siguió en la lucha porque “ya estaba en una situación que no tenía retorno”. Por aquel entonces su compromiso con la militancia había alcanzado un punto de imposible marcha atrás, lo que indicaba la consolidación de una identidad antifranquista que difícilmente podía ser abandonada sin renegar de toda una existencia. No existía la posibilidad de abandonar la lucha, eso sería una traición a sí mismo y a sus convicciones.

---

<sup>26</sup> Véase López Ariza, J.M<sup>a</sup>: “La transición”, en *Los comunistas en la historia de Albacete*. Albacete, PCE, 1990, pp. 413-417.

<sup>27</sup> Véase Ware, A.: *Partidos políticos y sistemas de partidos*. Madrid, Istmo, 1996, pp. 112-122.

La participación en una lucha llena de sentido genera más compromiso en una especie de huida hacia delante. En dicha huida los riesgos e incomodidades de la acción no son desincentivadores sino *hipergeneradores* de protesta, cree “que la represión en esa época me refuerza más”. Recuerda que tras las fuertes palizas recibidas durante su detención en Albacete por protestar contra el *proceso 1001*, uno de los guardias civiles que le habían torturado le dijo a otro “Fíjate cómo va, si es más comunista que antes”.

La represión está claramente relacionada con las oportunidades políticas. En un primer momento la represión puede desinhibir de la protesta ya que provoca un aumento de los costes. Pero también puede provocar el efecto contrario. Para ello son básicos dos elementos: el encuadramiento de la represión como ilegítima y la existencia de redes que permitan superar los costes impuestos por dicha represión<sup>28</sup>.

Decidió proseguir en la lucha tras su detención en la universidad de Murcia porque “tras haber sufrido esas injusticias por nada, por nada, una de dos: o me retiraba y era una derrota tremenda para mí, o tenía que seguir luchando para acabar con ese estado de injusticia”. Su permanencia en la oposición tras haber sufrido maltratos y cárcel en 1974 respondía al deseo de luchar por unas ideas que “se combatían a base de una injusticia tan brutal como coger a un pobre estudiante de 20 años o 21 y pegarle una paliza monstruosa de dos días, por no haber hecho nada”. Se reafirmaba en su lucha porque por “no hacer nada” recibía “ese castigo tan disparatado”. La represión no provoca el amedrentamiento esperado cuando es percibida como ilegítima, cuando la percepción de la injusticia hace que el peligro de exposición a la represión sea visto como una responsabilidad de carácter ético-moral por parte del militante. La represión tiene un menor impacto en casos como el de L. Ariza, plenamente convencidos de la utilidad de la protesta.

Por otro lado, la pertenencia a una organización con recursos y las muestras de solidaridad son elementos que dan sentido a la lucha y minimizan los costes de la represión. Tras la primera detención en Murcia, no llegó a cumplir cárcel gracias a la labor de un abogado del PCE que consiguió la libertad bajo fianza. Fianza que fue pagada por sus compañeros de facultad con la bolsa ahorrada para el viaje de fin de

---

<sup>28</sup> Opp, K-D. y Roehl, W.: “Repression, micromobilization, and political protest” en *Social Forces*, vol. 69, nº 2, 1990, p. 521.

curso<sup>29</sup>. Sobre la detención y vejaciones sufridas a finales de 1973 señala que “la solidaridad es muy fuerte”. Incluso apareció un grupo de sacerdotes que protestaron ante el Gobernador Civil. Como afirma De Nardo “cuando los disidentes se convierten en víctimas de una brutal represión, su movimiento habitualmente gana la simpatía e incluso el apoyo material de aquellos que no han sufrido directamente los excesos del gobierno”<sup>30</sup>. Su familia le apoyó y sus compañeros del PCE le llevaron comida a la cárcel, le ayudaron económicamente y le proporcionaron un abogado. De su estancia en la cárcel a comienzos de 1974 destaca la solidaridad de sus compañeros presos políticos. Los miembros del PCE disponían de una buena organización en la prisión, fruto de la experiencia adquirida durante muchos años de presidio. Los consejos, préstamos de dinero, de comida, etcétera, le facilitaron su existencia cotidiana en aquellos meses privado de libertad.

Como reflexión final, señalar que aquí nos hemos acercado a un único caso particular, pero en realidad representa un modelo de comportamiento perfectamente visible en la España militante y, por tanto, lo concebimos como generalizable a parte de la oposición que se fraguó al calor del profundo cambio socioeconómico de los sesenta<sup>31</sup>. El ejemplo de un tipo de proscrito que actuó y fue perseguido por la dictadura franquista a causa de sus ideas políticas y su compromiso opositor.

El análisis aquí expuesto sobre la militancia antirrégimen evidencia la necesidad de establecer una conexión entre los cambios en las condiciones políticas y los procesos a partir de los cuales los actores dan sentido a su movilización. En efecto, como se ha visto, la movilización de recursos y el contexto socio-político son muy importantes a la hora de explicar la oposición organizada durante el tardofranquismo. Pero no menos importante son los elementos simbólicos que tejieron una identidad colectiva que bajo

---

<sup>29</sup> Aquí la represión contiene “sanciones positivas” en términos de aprobación social. La actitud de estos compañeros de curso al pagar la fianza impuesta a L. Ariza muestra la aquiescencia general a su actividad como delegado de curso y militante en el movimiento estudiantil.

<sup>30</sup> De Nardo, J.: *Power in Numbers: The Political Strategy of Protest and Rebellion*, Princeton University Press, 1985, p. 191.

<sup>31</sup> Se trata también de indagar en espacios hasta ahora poco estudiados que corresponden a provincias menos industrializadas despreciadas muchas veces por una historiografía que se ha dejado llevar por la importancia de modelos regionales con una economía más próspera. Véase el planteamiento de Cobo Romero, F. y Ortega López, T.M<sup>a</sup>., “La protesta de sólo unos pocos. El débil y tardío surgimiento de la protesta laboral y la oposición democrática al régimen franquista en Andalucía oriental, 1951-1976”, en *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 113-160.



la bandera del antifranquismo y de la lucha por la democracia consiguió erosionar al régimen. Estructuras y cultura se combinan para explicar las experiencias de un proscrito durante la crisis de la dictadura.